

# **Valor para la “eclesiogénesis”. La Iglesia en la contemporaneidad responsable y por los caminos sinodales**

---

Margit Eckholt<sup>1</sup>

## **Resumen**

Hay que realizar un camino sinodal hacia una nueva eclesialidad ya iniciada por el Concilio Vaticano II. Desde el Directorio se habla de una reforma de las estructuras y de las dinámicas eclesiales. Esta nueva eclesialidad tiene que basarse en la responsabilidad y participación de todos, en el diálogo, en la necesidad de escuchar y en la valentía de denunciar con confianza las situaciones de la Iglesia que causan heridas y no respetan a la persona humana. Si el proceso sinodal toca las estructuras de funcionamiento de la Iglesia, también pone en funcionamiento el discurso sobre Dios que nos acerca al rostro de Jesús, Palabra de Dios.

## **Palabras clave**

Iglesia, sínodo, reforma, diálogo, participación, laicado

---

1 Profesora de Dogmática y de Teología Fundamental en la Universidad de Osnabrück (Alemania).

## 1. Introducción: cuando los “accesorios” de la fe desaparecen

Nos encontramos actualmente envueltos en una crisis masiva de la Iglesia, los procesos de “exculturación” de la fe cristiana en Europa, sobre todo del Oeste, pero, aunque de manera diferente también en las regiones del Este, se intensifican. La exposición de los abusos cometidos por el clero sobre niños, jóvenes y mujeres ha profundizado esta crisis de manera inmensa; la fe y la vida, la fe y la cultura se alejan cada vez más. Pablo VI lo había subrayado ya en su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* en 1975, y sus iniciativas fueron retomadas sobre todo en los países del Sur, donde algunos procesos de inculturación de la fe cristiana tuvieron sus inicios; las teologías contextuales y las teologías de la liberación acompañaron estos procesos y se hallan estrechamente vinculadas a las nuevas formas pastorales. Aun cuando *Evangelii nuntiandi* ha recibido una menor atención en el contexto germanófono, los procesos de exculturación de la fe cristiana surgieron también aquí en los años 70, el sínodo de Würzburg y los diferentes proyectos sinodales de las últimas décadas reaccionaron ante esto; el camino de reforma actual de la iglesia local alemana, el camino sinodal, reagrupa sus esfuerzos concentrándose sobre las cuestiones estructurales de la reforma. Los temas de los cuatro foros de la vía sinodal: poder y participación en la Iglesia, modo de vida de los sacerdotes, mujeres en los ministerios y funciones de la iglesia, sexualidad, son los que han aparecido principalmente en el estudio de MHG encargado por la conferencia episcopal alemana para hacer frente a los abusos.

Son temas que tienen que ver con la ruptura entre fe y vida o cultura señalados por Pablo VI, una forma de inculturar la fe cristiana en la cultura occidental, determinada por los valores democráticos y a la vez diversificada.<sup>2</sup> Cuando el Papa Francisco, en su carta “al pueblo peregrino en Alemania” del 29 de junio de 2019, nos exhorta a ubicar el camino sinodal bajo el signo de la evangelización y cuando las cartas recientemente enviadas al presidente de la Conferencia

---

2 Cf. M. Eckholt, “Sinodalidad y sororidad. Reflexiones a partir del Camino Sinodal de la Iglesia alemana”, *Iglesia Viva* 289 (2022) 25-44; M. Eckholt. “Der Synodale Weg der deutschen Ortskirche. Hoffnungszeichen für den weltweiten Reformprozess der Kirche”, *Forum Weltkirche. Synodaler Weg* 2 (2022) 12-16.

Episcopal Alemana por varios obispos de otras iglesias locales señalan la falta de conformidad evangélica del camino de reforma, se olvidan aquí que las cuestiones estructurales evocadas conciernen precisamente a la dimensión profunda del Evangelio. Si las estructuras pueden favorecer los abusos, el mensaje evangélico de misericordia, de filantropía, de respeto y de libertad queda contrarrestado en profundidad, el mismo Evangelio resulta violado. En el preámbulo de los documentos surgidos del Camino Sinodal podemos leer:

“Asumimos el camino sinodal, apremiados por el grito y el lamento (Ex 3:7) de las víctimas de la violencia sexual en nuestra iglesia. Lo recorremos como Asamblea Sinodal del camino sinodal. Lo recorreremos como un viaje de conversión y de renovación. Queremos oír y proclamar de nuevo el Evangelio, la buena nueva de Dios, en palabras y obras. Nos enfrentamos a las críticas de las personas concernidas. Confesamos nuestra culpabilidad y queremos sacar las consecuencias. Trabajamos sobre las causas estructurales de la violencia sexualizada y de su disimulación en nuestra iglesia. Buscamos un camino a seguir para la iglesia en nuestra época y respuestas a los desafíos de nuestro país”<sup>3</sup>.

El Evangelio mismo se ha concretado en el hombre Jesús de Nazaret, a él va vinculada una cultura específica, y no llega a concretizarse actualmente – tal y como ha sucedido en todos los procesos de trabajo misionero en la historia de la fe cristiana – más que cuando se producen unos procesos de inculturación en los cuales la potencia del Evangelio penetra realmente. Ello va vinculado a la crítica de las formaciones culturales de la Iglesia en las cuales se viola la dignidad humana – como lo mostró la crítica de Bartolomé de las Casas sobre el sometimiento de la población indígena en el siglo XVI. Se conecta con formas proféticas de una nueva manera de ser de la Iglesia, que con frecuencia han sido puestas en tela de juicio por la jerarquía eclesiástica de su época. Se trataba de nuevos movimientos religiosos, asociados a formas de vida al margen de la sociedad, en diálogo con otras culturas y religiones, y a ello hay que sumar las voces proféticas de numerosas mujeres cuya crítica de las formas erróneas de la Iglesia ha sido, muy a menudo, relegada a un segundo plano. Por ejemplo, Hildegard von Bingen o Teresa de Ávila; en cambio, los san-

3 Preámbulo.

tos que han estado en conformidad con la iglesia, han sido propuestos como modelos. Ambos momentos: crítica y profecía, coinciden en las formas exitosas de inculturación del Evangelio, que significa siempre también una evangelización de la cultura.

En este contexto, y teniendo en cuenta el tema de este congreso, “La inserción profética de la fe en la cultura postmoderna europea – en diálogo con el Directorio 2020 para la catequesis”, desearía comenzar por identificar la oportunidad del momento presente de una Iglesia en camino sinodal en el mundo entero: la sinodalidad se ha convertido en un “leitmotiv” del pontificado del Papa Francisco, quien alienta una “eclesiogénesis” en la cual el punto de partida del Concilio Vaticano II hacia una nueva eclesiología se hace concreto. Se vincula a la eclesiología del pueblo de Dios, de importancia capital para todos los proyectos catequísticos, cuando se trata de “convertirse en sujeto” para todos los creyentes, de apropiarse de la propia fe, de crecer en la vocación bautismal y de llegar a ser pueblo de Dios unos con otros como cristianos, de asumir la responsabilidad de la formación de la Iglesia. Desde el comienzo de su pontificado, el Papa Francisco ha puesto el acento sobre el hecho de ser un discípulo “misionero”, un leitmotiv de la 4ª Asamblea General del episcopado latinoamericano de Aparecida (2007), que aparece en los textos del Papa desde *Evangelii Gaudium* hasta la más reciente Constitución Apostólica *Praedicate Evangelium* sobre la reforma de la curia. A partir de ahí, la catequesis está al servicio de la evangelización y de una Iglesia que es el pueblo de Dios, en la cual la vocación bautismal de todos es tomada en serio, así como la “capacitación” para la construcción de la Iglesia que se deriva de ello.

En un segundo momento, ilustraré este tema central de la catequesis desde una perspectiva sistemático-teológica como el arte de traducir el discurso de Dios en el hoy respectivo y en el momento y el lugar concretos respectivos de la proclamación. La evangelización y la reforma estructural de la Iglesia están relacionados entre sí en la eclesiogénesis definida por el Papa Francisco; en este sentido, la crisis de la Iglesia es también una crisis de Dios. Las críticas del camino sinodal no toman en serio la crisis de Dios, también causada por estructuras que alientan los abusos, mediante un ejercicio abu-

sivo del ministerio. En tal contexto, en una última etapa, también en el sentido de la cuestión que me ha sido planteada y que hablaba de “soñar el futuro” me centraré de nuevo sobre la perspectiva central de la sinodalidad: De la profundidad de la palabra de Dios surge siempre una diversidad de formas de ser iglesia, las comunidades cristianas vivas son también comunidades en mutación. Un constante nuevo devenir, el valor de la eclesiogénesis, pertenece a lo que es la Iglesia bajo el signo de la evangelización. No tenemos nada que perder por caminar por estos caminos de reforma, pero lo perdemos todo si no lo hacemos.

## **2. ¿Sobre qué se funda el valor de la eclesiogénesis? La Iglesia por los caminos sinodales tras los pasos del Concilio Vaticano II.**

El Papa Francisco convocó la XVI asamblea general ordinaria del sínodo de los obispos para octubre de 2023 sobre el tema “Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión”. Desde el inicio de su pontificado, lanzó algunos procesos sinodales y, en varios de sus discursos, señaló jalones importantes para una Iglesia que sigue un “camino común”, que es “caminar juntos” en toda la diversidad de expresiones eclesiales y culturales locales: “El mundo en el que vivimos y que, con todas sus contradicciones estamos llamados a amar y a servir, exige de la Iglesia un aumento de sinergias en todos los campos de su significación. Es el camino de la sinodalidad que es el camino que Dios espera de la Iglesia en el tercer milenio. En cierto modo, lo que Dios nos pide está ya contenido en la palabra “sínodo”. Caminar juntos – laicos, pastores, obispo de Roma – es una idea fácil de decir, pero no tan fácil de poner en práctica”.<sup>4</sup> Cuando el Papa se centra sobre la “sinodalidad”, eso tiene que ver, precisamente, con los procesos de una inculturación más amplia y

---

4 Francisco, *Commemoración Del 50 Aniversario de la Institución del Sínodo de los Obispos*, 17 de Octubre 2015. Véase también: Francisco, *Discurso en la clausura de los trabajos de la XIV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos*, 24 de Octubre 2015: “En efecto, concluir el Sínodo significa para la Iglesia volver a avanzar juntos de verdad, llevar a cada parte del mundo, a cada diócesis, a cada comunidad y a cada situación la luz del Evangelio, el abrazo de la Iglesia y el apoyo de la misericordia de Dios”.

de una sintonización de la fe y de la vida en los contextos sociales y culturales respectivos, una línea de pensamiento con la cual se refiere a la encíclica seminal de Pablo VI *Evangelii nuntiandi* (1975) que constituye una referencia central para su encíclica inaugural programática *Evangelii gaudium* (2013). Establece así, un arco que va desde el Concilio Vaticano II hasta el momento presente de la Iglesia mundial, recordando las tensiones vinculadas al inicio conciliar, que él retoma conscientemente en su pontificado con el fin de abrir caminos de futuro para la Iglesia Católica en y con estas tensiones – en sentido espiritual.

Durante los últimos sínodos de los obispos, por ejemplo, sobre los temas del matrimonio y la familia, el pluralismo de las actitudes frente a las cuestiones de la fe y de las prácticas de vida en los diferentes contextos mundiales, pero también entre los laicos y los clérigos, los hombres y las mujeres, se manifestó de una manera más viva. Esa es precisamente la razón por la cual el Papa Francisco declaró en su discurso del 24 de octubre de 2015 como conclusión del sínodo de los obispos:

“Y – aunque las cuestiones dogmáticas parecían claramente definidas por el magisterio de la Iglesia – hemos visto que aquello que era normal para un obispo de un continente era alienante y casi escandaloso para otro...; lo que es considerado como una violación de la ley en una sociedad puede ser un mandamiento inviolable en otra; lo que forma parte de la libertad de conciencia para algunos es considerado como una simple confusión para otros. En efecto las culturas son muy diferentes y cualquier principio general necesita ser inculcado para ser observado y aplicado”<sup>5</sup>.

Se trata de una evolución impresionante sobre el pluralismo del pueblo de Dios ligado a los procesos de inculcación, y que remite a un principio central del Concilio Vaticano II, la libertad de conciencia, y de ahí la importancia de todo el pueblo de Dios, y sobre todo de los laicos, en el nuevo equilibrio complejo de interdependencia de la fe y de la vida. Cuando el Papa Francisco recuerda el principio de la sinodalidad y llama a una intensificación del debate teológico convocando el sínodo de los obispos, tiene en mente los procesos de

---

5 Francisco, *Conmemoración Del 50 Aniversario de la Institución del Sínodo de los Obispos*.

inculturación del Evangelio, correspondiendo a las iglesias locales la confección de formas de vida de la fe, que han sido incitadas a ello por el Vaticano II. Se trata de cuestiones que conciernen a la profundidad de lo que significa la fe, el mandamiento y la ley, la conciencia, la libertad y la obediencia, y en las cuales se refleja la relación tensa entre la Iglesia y el mundo, que es muy diferentemente concebido en la Iglesia mundial y que nos ha conducido a una “ex-culturación” masiva de la fe cristiana en regiones como la de Europa, pero también en los centros de las metrópolis y las megalópolis del mundo, y – si las previsiones de adhesión a la Iglesia Católica en el hemisferio norte son tomadas en serio – continuará conduciendo a ella. De igual modo, el Papa Francisco es consciente – y eso se ha desarrollado en el contexto de sus numerosos años de colaboración en el seno del CELAM, el Consejo Latinoamericano de los obispos, y de su responsabilidad en la organización de la 5ª Asamblea General del Episcopado latinoamericano en Aparecida (2007) – de que el tema central de la evangelización es la tarea de todo el pueblo de Dios y que en esto los laicos - hombres y mujeres – tienen una importancia particular. No sin razón el documento de Aparecida habla del “discípulo misionero” de todos los cristianos<sup>6</sup>, y *Evangelii Gaudium* se le adhiere precisamente cuando subraya que todos nosotros somos “discípulos misioneros”<sup>7</sup>, y cuando eso se amplía recurriendo a las declaraciones centrales de la Constitución de la Iglesia “Lumen Gentium” del Concilio Vaticano II. Según el Papa Francisco, “en virtud del bautismo recibido, todo miembro del pueblo de Dios se convierte en discípulo misionero (cf. Mt 28, 19). Todo bautizado, sea cual sea su función en la Iglesia y sea cual sea el nivel de formación de su fe, es agente activo de evangelización... La nueva evangelización debe incluir una nueva comprensión del papel fundamental de cada persona bautizada”. (EG 119).

La eclesiogénesis está precisamente relacionada con todo eso, y el Concilio Vaticano II ha establecido sus bases: Aquí, las iniciativas de la Constitución sobre la Revelación se combinan con la Consti-

6 Aparecida 28-30.

7 “Todo cristiano es misionero en la medida en que ha encontrado el amor de Dios en Jesucristo; ya no decimos que somos ‘discípulos’ y ‘misioneros’, sino siempre que somos ‘discípulos misioneros’”. (EG 119)

tución sobre la Iglesia y la Constitución Pastoral: Dios se dirige a los hombres “como a amigos” (DV 2); como la amistad implica un libre reconocimiento, la respuesta de la fe es libre. Los fieles – independientemente de su función o de su servicio en la Iglesia – deben ser tomados en serio en su “condición de sujeto”. La fe tiene que ver con el llegar a ser-sujeto del individuo en la comunidad del pueblo de Dios y está al servicio de una “buena vida” para el conjunto de la creación. En la doctrina teológica fundamental del conocimiento, los creyentes deben ser comprendidos como un nuevo *locus theologicus propius*. El cambio de paradigma eclesiológico del Concilio guarda relación con eso: La Iglesia no es un “societas perfecta”, lo cual tendría como consecuencia verse representada en plenitud por la función – sobre todo la función docente del Papa – sino que la Iglesia es el Pueblo de Dios, que está al servicio de la evangelización en el discurrir del tiempo. Es importante que los “signos de los tiempos” sean interpretados en la comunidad por todos y que la acción de Dios en la historia permanezca abierta de nuevo. Todos los *christifideles* están llamados a ello, y por eso, con el Concilio, el *sensus fidei* o *sensus fidelium* resulta igualmente importante para el conocimiento de la fe.<sup>8</sup>

En el nuevo Directorio para la Catequesis, se dice en tal sentido en el n° 396:

“La inculturación, en el fondo, tiene como objetivo el proceso de interiorización de la experiencia de fe. Esto es aún más urgente en el contexto actual en el que han venido a menos los presupuestos culturales para la transmisión del Evangelio, garantizados en el pasado por la familia y la sociedad. El debilitamiento de tales procesos ha puesto en crisis la apropiación subjetiva de la fe. Por tanto, es importante que la catequesis no se centre únicamente en la transmisión de los contenidos de la fe, sino también en el proceso de recepción personal de la fe, de modo que el acto por el que se cree exprese mejor las razones de libertad y responsabilidad que la misma fe conlleva”.

8 Cf. M. Eckholt, “Die Gläubigen als Ort theologischer Erkenntnis. Subjektwerdung im Glauben in Gemeinschaft und theologische Erkenntnis”, en A. Slunithschek – T. Bremer (dir.), *Der Glaubenssinn der Gläubigen als Ort theologischer Erkenntnis. Praktische und systematische Theologie im Gespräch*, Herder, Freiburg i.Br. 2020, 96-122.

La eclesiogénesis, en tal sentido, significa volver hacia las profundidades del Evangelio y, mediante la participación de todos aquellos que son miembros del pueblo de Dios, convertirse en Iglesia a partir de nuevos procesos de inculturación, en una nueva conexión crítica con el poder liberador y sanador del Evangelio. Lo cual supone siempre una crítica profética, así como también una visión profético-constructiva del futuro de la Iglesia – y ahí es donde se inscriben los procesos sinodales del mundo entero. La Iglesia Católica se encuentra en una encrucijada; las cuestiones de poder y de participación, de una mayor participación de los laicos, en particular de las mujeres en la Iglesia, la superación de las estructuras clericales y de seria confrontación con las formas de vida de la modernidad, que se han ido planteando en diversas ocasiones en estos últimos años, indican la raíz de una crisis en la transmisión de la fe en general; no se trata de cuestiones “periféricas”, situadas únicamente a un nivel funcional de la Iglesia, ni de cuestiones que conciernen únicamente a las iglesias occidentales. El pluralismo, la secularización y la diversificación de las formas de fe aparecen en todas las regiones del mundo.

Ya seis años después del Concilio Vaticano II, el jesuita Michel de Certeau reflejaba este proceso complejo de manera impresionante en un ensayo sobre el “lenguaje de la unidad”. Frente a la progresiva “diversidad”, él subraya los esfuerzos desplegados, principalmente por los responsables, para “delimitar una zona de ‘conformidad’ y de ortodoxia”<sup>9</sup> frente a la “superabundancia de aspiraciones y de iniciativas”. El Papa Francisco, uno de cuyos “generadores de ideas” es Michel de Certeau, nos invita en diversas ocasiones a abandonar nuestra “zona de conformidad” y también una “zona de confort”; si para él el principio de sinodalidad se ha convertido en un elemento orientador de su pontificado, es precisamente para dar salida a las tensiones del momento presente, para entender la pluralidad y la diversidad como una oportunidad. La fe, como decía Certeau en 1973 a propósito del despertar de América Latina, está siempre

“mediatizada por el campo participativo en el cual se inscribe. No puede nunca permanecer aislada. La manera de expresarse allí no corresponde

9 M. de Certeau, “Gibt es eine Sprache der Einheit?”, *Concilium* 6 (1970) 38-45, 38. Cfr. M. de Certeau, “¿Existe un lenguaje de la unidad?”, *Concilium* 51 (1970) 83-98.

a la forma en que es vivida y practicada en otros lugares y por otra parte... el gran “cuerpo” de la Iglesia se fragmenta en experiencias y posiciones divergentes, incluso allí donde su fe es más comprometida. Tal es el estatus de la Iglesia hoy, mientras se ve radicalmente transformada...”<sup>10</sup>.

De modo similar, es ciertamente la experiencia que se realiza en el contexto del camino sinodal de la iglesia local alemana, principalmente en sus debates sobre el tema de las mujeres en las funciones eclesiológicas. La igualdad de los sexos – por no mencionar más que este tema, pudiendo añadirse otros desafíos que determinen la propia situación eclesial-social – es una piedra angular para la capacidad de la Iglesia para inculturarse en la sociedad (post-)moderna, pero aún más, una prueba para saber si la Iglesia misma está dispuesta para una nueva conversión a la palabra de Dios y a escuchar el mensaje liberador del Reino de Dios. Sobre este particular, la fe y la vida se separan aquí en un doble sentido, la Iglesia, desde hace mucho tiempo, va con retraso sobre la fe y la vida – y esa es la razón del porqué el valor de la eclesiogénesis sea necesario en el contexto de los caminos sinodales mundiales.

La dimensión profunda de la eclesiogénesis es la cuestión de Dios; la eclesiogénesis solo puede tener lugar si se encuentran las formas del lenguaje apropiadas para el discurso de Dios, para traducirlo al día de hoy – hablaré de ello en el tercer punto de mis reflexiones.

### **3. El arte de traducir el discurso de Dios en la actualidad – la base teológica de una eclesiogénesis en una contemporaneidad responsable.**

La tarea de la teología es traducir la palabra “Dios” – una palabra, recordando el texto central de Karl Rahner en el “Curso fundamental de la fe”, que “existe”, aun cuando en los tiempos modernos, sobre todo aquí en Occidente, se ha vuelto “sin rostro” para muchos. La teología tiene por tarea traducir esta palabra en un discurso de Dios que haga justicia a la realidad del Dios viviente. En este sentido, la teología mira hacia Dios; la realidad de Dios no es una realidad “muerta”, sino más bien una realidad que permite a las personas

<sup>10</sup> M. de Certeau, “Le Chili après coup”, *Projet* 80 (1973) 1151-1158, 1158.

“volcarse” de nuevo, salir de su egocentrismo y reconocer a Dios. La teología se halla en la raíz de la fe: “Cristo nos ha liberado... Pues en Jesucristo, ya no se trata de ser circunciso o incircunciso, sino de tener la fe que actúa en el amor” (Ga 5,1, 6.). Lo que significa la fe puede ser visto en la figura de Jesús de Nazaret, a quien se cree ser el Cristo. Él presenta el nombre del Dios de Israel de una manera nueva, se convierte en el “rostro” del Dios “sin rostro” para aquellos que siguen sus huellas, que “creen” en él. Esta fe busca “ajustar cuentas” desde el principio, en los inicios de la disputa y el diálogo con el judaísmo y las corrientes filosóficas del mundo del helenismo, luego de manera nueva en los diversos procesos históricos de inculturación de la fe en su relación con otras culturas, así como también con la cultura (post)moderna del momento presente. Así pues, la teología cristiana, desde sus orígenes, se entiende como *fides quaerens intellectum*, como *intellectus fidei*<sup>11</sup>.

La búsqueda de la comprensión de la fe es la historia de los más diversos “procesos de traducción”, de Jerusalén a Atenas, a Roma, a las Galias, a Germania, y hasta el mundo plural y a la diversidad de las culturas de nuestra época. En estas “traducciones” es donde se ha desarrollado lo que es la tradición de la fe cristiana. Este proceso ha ido acompañado de la búsqueda de la verdad sobre el discurso de Dios, de aquello que une y vincula la diversidad de las expresiones de la fe. Desde el principio, quedó establecido: Jesucristo es el punto de orientación del discurso cristiano sobre Dios: es el verbo pronunciado en este mundo y que sin embargo continúa permaneciendo con Dios, es el logos que es “igual” al Padre, según el primer concilio ecuménico de Nicea (DH 125). Tras las huellas de Jesucristo, guiado por el Espíritu de Dios, que hace al hombre capaz de hablar verdaderamente de Dios, el lenguaje puede adiestrarse sin cesar para ser capaz de hablar de Dios de tal forma que Él mismo pueda hablar en ese discurso. Jesucristo puso un “rostro” a la Palabra “insondable”, hizo hablar a la Palabra de Dios, de ese modo desnudó a los ídolos ocultos y destruidos, y Él mismo fue descrito como “la imagen del Dios invisible” (Col 1,15). En la cruz de Jesucristo, todas las imágenes

11 Cf. M. Eckholt, “Die ambivalente ‘Rückkehr der Religion’. Zur Bedeutung einer verantworteten Gottesrede im Gespräch der Kultur und im Dialog der Wissenschaften heute”, *Theologische Quartalschrift* 189 (2010) 238-257.

de Dios quedan traspasadas, y no obstante aquí – donde se halla la fuente de la fe en la resurrección y de todo discurso cristiano sobre Dios – el amor creador de Dios emergió como amor, en el reconocimiento más profundo del otro, que tuvo lugar aquí, en el misterio de la muerte y de la resurrección, en la redención de la culpabilidad y del pecado del hombre. Precisamente, en la noche de la cruz, que se abre a la luz de la mañana de la resurrección, es donde – en la superación de toda imagen, en la paradoja de la imagen y de la ausencia de imagen, de la palabra y de la ausencia de palabra – el Dios que habla y Dios-palabra se encuentran. El discurso teológico de Dios se refiere desde el principio a esta “regulación del lenguaje”.

La palabra “Dios” no solamente existe, sino que es posible hablar de Dios de modo que permita a Dios ser Dios, porque en todo discurso sobre Dios la “disimilitud” es siempre mayor que toda “similitud”. (DH 806). Al mismo tiempo, es un discurso que deja hablar a la palabra Dios y le otorga un rostro. Con Jesucristo, Dios tiene un nombre superior a todo nombre (Cf. Fil 2,9), y simultáneamente los cristianos aprenden de ese modo a hablar con y de Dios. Jesús llama a Dios por su nombre: el Dios de Israel es para él un padre, mantiene una relación impresionante con ese Dios de Israel, vive en sí mismo esa relación, es el testigo del Dios que es en sí mismo una relación y ha hecho dicha relación accesible a los seres humanos. Marchar tras las huellas de Jesucristo, y así crece la comunidad de los creyentes, nos permite encontrar nuestro camino en una relación personal con Dios, aprender a hablar de esta relación con y sobre Dios, una palabra de Dios en toda su diversidad, como acción de gracias, como grito, como alabanza; como expresión de temor y de alegría, de la confianza que Dios abre sobre el porvenir. En esta palabra Dios tiene un nombre, muchos nombres, y como esta palabra está orientada hacia la palabra de Jesucristo, eso significa que su nombre es más grande que todos los nombres que podamos darle. Contemplar la cruz ayuda a que los nombres que pronunciamos no se conviertan en imágenes e ídolos con los cuales ejercemos un poder y ya no dejamos a Dios ser Dios. En la cruz, todas las imágenes, todos los ídolos quedan desbaratados y ahí está la huella que conduce a la luz de la mañana de la resurrección que nos permite hablar del Dios de la vida y del porvenir. Así es como el nombre anuncia y disimula: Dios

revela su “nombre” (Ex 3,6) y al mismo tiempo prohíbe al hombre de hacerse una imagen de él. Ese es precisamente el principio conductor del discurso cristiano sobre Dios: en el lenguaje que nosotros utilizamos para hablar de Dios, Dios puede ser anunciado, pero eso debe hacerse siempre de tal manera que la palabra no pueda nunca convertirse en una “imagen” en la que podamos disponer de Dios. No podemos, ni debemos en modo alguno crear un Dios “disponible” a nuestro antojo.

Esta impresionante reglamentación lingüística, ya constatada en los primeros siglos y formulada como declaración dogmática en el cuarto concilio de Letrán (1215), es la “Carta Magna” de los procesos de trasposición a los que la teología ha tenido que enfrentarse siempre y particularmente en la actualidad. Ella permite a la teología cristiana encontrar su manera específica de hablar de Dios - a partir del rostro y de la imagen de Jesucristo - en diálogo con las filosofías y las ciencias de la época y de acuerdo con los desafíos de los “signos de los tiempos” actuales. El multilingüismo y la necesidad de nuevos procesos de trasposición son inherentes a la calidad teológica del discurso cristiano sobre Dios. Esta “analogía” del discurso de Dios permitirá, sobre todo hoy, en un público religiosamente plural, encontrar el buen “tono” y la “adecuación” del discurso de Dios que corresponda al público respectivo.

La catequesis, en la variedad de sus formas, debe también orientarse en este sentido. Su tarea consiste en “traducir” los textos disponibles - de la Biblia, de la tradición cristiana - de modo que la palabra de Dios vuelva a hablar de nuevo, con el fin de que las personas puedan encontrar su propia forma de fe, nueva y creativa. La catequesis acompaña el itinerario de la persona en la fe y desempeña aquí el papel de la palabra de Dios de modo que las personas sean capaces de hablar de Dios en su vida, en su acción, de una forma que esté en conformidad con su fe, y que puedan también reflexionar y expresar todo ello en palabras. Todo ello conduce luego a procesos siempre nuevos de traducción de la palabra de Dios. Los textos bíblicos que tenemos ante nosotros dan testimonio de esta traducción de la palabra de Dios, y son textos que ellos mismos han sido “traducidos” en la historia de la fe cristiana - no solamente traducidos a diferen-

tes lenguas- sino que esas “traducciones han dado origen a nuevas “prácticas”, a nuevas formas de fe viva<sup>12</sup>

El hecho de convertirse en una persona libre en la fe, que – como ya hemos presentado en la parte precedente de la conferencia – se halla en el centro de la “eclesiogénesis”, está vinculado a ese arte de traducir el discurso de Dios. Actualmente, es importante tomar en serio los procesos dinámicos y frágiles del crecimiento en la fe al igual que en la libertad y la subjetividad de los creyentes. Lo cual implica que se permita la duda, la distancia, el disenso, pero sobre todo vivir la experiencia del amor de Dios que no abandona a las personas. Las personas identifican a ese Dios en los lugares donde algo nuevo acontece en sus vidas, donde aman y sufren, donde ellos mismos se sienten vulnerables y se vuelven vulnerables en su compromiso hacia los demás. Jesús de Nazaret, tras el cual se orientan la experiencia cristiana de la fe y la palabra de Dios, dirigió su mirada sobre aquellos que pasan por la prueba, sobre quienes Dios “se apiada”. Según el teólogo fundamental Hans-Joachim Höhn, Jesús de Nazaret se siente “afectado por otra práctica y otro campo en el cual uno puede literalmente “implicarse” en aquello sobre lo que cabe contar en la vida y la muerte. Él mismo demuestra esta práctica. Es la práctica de la entrega incondicional hacia el hombre y su lugar se sitúa en el campo de la inter-personalidad<sup>13</sup>. La práctica cristiana de la fe se basa, pues, sobre el postulado de que ninguna apertura mayor del hombre a Dios puede ser descubierta fuera de su apertura a sus semejantes. A partir de aquí, la relación del hombre con Dios deberá ser medida a la luz de la relación de Dios con el hombre, es decir de su dedicación a aquellos que se encuentran en lo ‘más bajo’”<sup>14</sup>.

Ese es también el criterio de “identificación” de la palabra de Dios y del discernimiento de los espíritus al cual convoca el Papa Francisco en *Evangelii Gaudium*. Este libre consentimiento en la fe, fundado sobre la experiencia del amor y las múltiples obras de misericordia,

12 M. de Certeau, *GlaubensSchwachheit*, Stuttgart 2009, 49. Michel de Certeau se inspira en Ignacio de Loyola o en Teresa de Ávila. Cf. M. de Certeau, *La debilidad de creer*, Katz, Madrid 2006.

13 H.-J. Höhn, *Praxis des Evangelium - Partituren des Glaubens. Wege theologischer Erkenntnis*, Würzburg 2015, 33.

14 Höhn, *Praxis des Evangeliums*, 34.

como momento estructurante de la fe del pueblo de Dios, significa una nueva libertad. Eso, precisamente, es de una importancia capital para la catequesis y, es esencialmente sobre este camino sobre el que se concretiza la eclesiogénesis. Practicar el arte de traducir la palabra de Dios en las diversas actividades cotidianas, plurales y frágiles de las personas es el punto de partida de la eclesiogénesis, y precisamente es por esta razón que la referencia al Evangelio, la "espiritualidad" y el cambio estructural se hallan vinculados. En este sentido, la traducción del discurso de Dios tiene lugar en los itinerarios sinodales; es la dimensión profunda que justifica tener el valor de la eclesiogénesis.

#### **4. Proseguir por los caminos sinodales.**

El Papa Francisco establece puntos de referencia decisivos en la Iglesia con su revalorización del principio sinodal; así pone en práctica la eclesiogénesis que caracteriza el proceso de reforma del Concilio Vaticano II, en el cual se inscriben todos los itinerarios sinodales de las últimas décadas al igual que los actuales. Este proceso no supone la separación de la Iglesia con respecto a los "otros", que era una preocupación de afirmación de la verdad de la fe en la época de crisis de la era moderna y de la Reforma, y sobre todo no significa la "conquista" de los "otros", como se practicaba en la época de la "Conquista", sino que representa – precisamente en el sentido del principio sinodal que el Papa Francisco menciona en diversas ocasiones – : en primer lugar, escuchar la voz de los "otros", y hacerse Iglesia con ellos, abriendo cada vez de nuevo el fundamento más profundo de la fe de la Iglesia, la relación con Cristo y la experiencia del Espíritu. Es también el principio orientador de todas las reformas de la catequesis. El *locus theologicus* de los fieles, el crecimiento respectivo en su propia expresión de fe, la verdadera tarea de la catequesis, corresponde precisamente a la catolicidad de la Iglesia-mundo, a una apertura a un nuevo descubrimiento de la tradición, en diálogo con el mundo y aprendiendo del mundo. La Iglesia ya no es la *magistra* frente al mundo, sino un aprendiz del mundo, y en este sentido, ciertamente, la catequesis y los procesos catequísticos, tal y como yo los conozco bien en mi diócesis de Osnabrück, que, en la diversidad de sus formas, están

al servicio de ese llegar a ser sujeto de la fe, son de una importancia central para la eclesiogénesis.

Para el Papa Francisco, la sinodalidad se inscribe dentro de la “conversión pastoral”<sup>15</sup> que, en cada momento crucial, expone la variedad de las facetas del misterio de la fe a descubrir por todos los caminos del mundo, sobre todo al lado de los débiles, de los pobres, de los heridos. Desarrollar el *locus theologicus* de los fieles, una tarea que corresponde de modo muy particular a la catequesis, y que está al servicio de la “Iglesia en movimiento”, que camina con los demás por los caminos de la encarnación y que aprende a ser huésped de los otros para descubrir en ellos a Aquel sin el cual la Iglesia no puede existir – Jesús de Nazaret, el Cristo que es la referencia de toda traducción del discurso cristiano sobre Dios, pero que él mismo – según una imagen de Michel Certeau – ha “desaparecido” entre la multitud<sup>16</sup>. Siguiendo a Jesucristo, la Iglesia es el pueblo de Dios en camino; como Jesús, ella debe “desaparecer entre la multitud” cuando la gente comienza a creer, cuando establecen nuevas formas de fe, de modo que la Iglesia se encuentre constantemente “en devenir” (generadora). Sus estructuras deben estar orientadas hacia este principio fundamental del Evangelio. En el sentido de la dignidad igual y común a todos los creyentes, inscrita en la profundidad de fe bíblica, pero también

15 El término “conversión pastoral” fue acuñado por los obispos latinoamericanos en su conferencia de Aparecida (2007).

16 Certeau, *GlaubensSchwachheit*, 213. En esta formulación, la idea central de Certeau para las reflexiones eclesiológicas es claramente: “Un acontecimiento está implicado en todas partes, pero en ninguna ‘aprehendido’. Jesús es el Otro. Es el desaparecido viviente (‘verificado’) en su Iglesia. No puede ser el objeto poseído. Su presencia permitió lo que lo sigue, pero su desaparición es la condición de una objetivación plural (la Iglesia) que le deja la posición de sujeto en la misma medida en que es el autor, a la vez el ‘faltante’ y ‘el permiso’” en De Certeau, *La debilidad de creer*, 229. Certeau relaciona la fe con el riesgo, se trata de apertura, de exceso, de transgredir los límites: “Dar lugar al prójimo será ceder el sitio —en mayor o en menor grado, morir- y vivir. Eso no es pasividad sino combate para dar lugar a otros, en el discurso, en la colaboración colectiva, etc. Ese trabajo de hospitalidad respecto del extranjero es la forma misma del lenguaje cristiano. Se produce sólo parcialmente; permanece relativo al lugar particular que uno ocupa. Jamás está terminado. Está perdido, felizmente inmerso en la inmensidad de la historia humana. Allí se borra, como Jesús en la multitud”, en De Certeau, *La debilidad de creer*, 263.

en los textos conciliares, y son precisamente los laicos quienes deben implicarse en estos procesos, lo cual incluye a continuación una formación apropiada para que ellos – hombres y mujeres – puedan ejercer su ministerio de evangelización con responsabilidad. La catequesis debe ser como un “explorador” para una iglesia en los caminos sinodales. En efecto, las personas que se comprometen en el camino de la fe son como “GPS” para los caminos de la Iglesia mundial en marcha hacia el futuro. Esto se ha vuelto evidente, por ejemplo, en los movimientos de las mujeres en el mundo entero y sigue siendo siempre muy importante. Dentro de una perspectiva mundial, no existe ciertamente un proceso único, y no es necesario que así sea. Una iglesia mundial se caracteriza por incoherencias y, con respecto a esto, los malentendidos y los conflictos forman igualmente parte de los procesos de aprendizaje de una Iglesia sinodal. Los procesos de transición, que forman parte de la catequesis, están actualmente cada vez más marcados por la dinámica intercultural, incluidos los procesos de “discernimiento de los espíritus”.

Precisamente, en este sentido el Papa Francisco nos anima a continuar juntos, como pueblo de Dios, por los caminos sinodales, incluso frente a todas las tensiones. Pues: la sinodalidad ofrece un espacio a la “ayuda mutua”, como escribe Michel de Certeau, y ahí es donde esencialmente se sitúa Dios, que es el único capaz de permitir a la Iglesia “llegar a ser”.<sup>17</sup>

Me gustaría concluir con una cita del capítulo II: “la catequesis al servicio de la inculcación de la fe” del nuevo Directorio para la catequesis, por estar mis reflexiones al servicio de un enfoque sistemático-teológico de estas afirmaciones.

DC 400: “La catequesis que trabaja al servicio de la inculcación de la fe y se esfuerza por valorar todas las tendencias y las modalidades culturales con las que se expresa la persona, ya sean las más tradicionales y

---

17 Cf. M. de Certeau, *Der Fremde oder Einheit in Verschiedenheit*, Stuttgart 2018, 91-120; M. de Certeau, *GlaubensSchwachheit*, Stuttgart 2009, 49: Habla aquí del principio de una transgresión incesante y en él de un medio que se revela, atrae constantemente y construye así la existencia a través de la multiplicidad de episodios, decisiones y consentimientos que conducen a él (es decir, Dios, nota del autor).

locales, o aquellas más recientes y de estilo global, toma contacto con la variedad de expresiones con la que cada pueblo manifiesta y vive su propia experiencia de fe. Por eso, la catequesis sabrá valorar especialmente algunos ámbitos de la pastoral eclesial en los que está explícitamente llamada a encontrar lenguajes y modalidades de expresión nuevas, en las que aparezca un estilo misionero sereno y alegre: por ejemplo, el catecumenado, la iniciación cristiana, la pastoral bíblica, la catequesis litúrgica. El Evangelio “se transmite de formas tan diversas que sería imposible describirlas o catalogarlas, donde el Pueblo de Dios, con sus innumerables gestos y signos, es sujeto colectivo. Por consiguiente, si el Evangelio se ha encarnado en una cultura, ya no se comunica sólo a través del anuncio persona a persona. Esto debe hacernos pensar que, en aquellos países donde el cristianismo es minoría, además de alentar a cada bautizado a anunciar el Evangelio, las Iglesias particulares deben fomentar activamente formas, al menos incipientes, de inculturación” (EG 129).